

# La fosa de agua. Desapariciones y feminicidios en el Río de los Remedios\*

Leticia Flores Flores\*\*

## Protagonistas del horror

En México, como en muchos otros países, la violencia contra las mujeres es un fenómeno preocupante que ha tomado proporciones descomunales. El diario *La Jornada*, consigna que de enero a marzo de este año (2020), 964 mujeres fueron asesinadas en el país, de acuerdo a datos proporcionados por el Sistema Nacional de Seguridad Pública, de las cuales 244 se consideraron como feminicidios (Martínez, 2020). Esta cifra nos permite calcular que hoy por hoy, cada día mueren tres mujeres por razones de género. Muertes vinculadas a una realidad social muy compleja: pobreza, delincuencia, crimen organizado, consumo de sustancias, abuso de poder, machismo. Estudiosos del tema, afirman que el sistema patriarcal, bajo el cual los hombres ocupan una relación de dominio sobre las mujeres y se dicta el modo de funcionamiento social, así como la desigualdad social, son elementos que contribuyen a la institucionalización de este tipo de violencia (Segato, 2014; Lagarde, 2006). Al grave problema de la violencia, habría que añadir el deficiente sistema jurídico y un descuido histórico de las instituciones públicas y del Estado que han dejado en el desamparo a miles de mujeres y niñas víctimas de esta situación. La violencia tiene muchos rostros y se expresa de maneras diversas: desde el abuso de poder en las relaciones laborales, amistosas o amorosas, hasta en prácticas crueles como la tortura, la violación o el asesinato.

\* Lydiette Carrión (2019), tercera reimpresión, Debate, México.

\*\* Profesora-investigadora, Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco. Correo electrónico: [lflores@gmail.com].

El Estado de México ha sido una de las entidades que en los últimos años la violencia contra las mujeres ha escalado a proporciones preocupantes. Es un lugar donde las desapariciones y muertes de mujeres han ido escalando a la par de la impunidad y la indiferencia de las autoridades.

Este libro documenta la muerte de mujeres que en el momento de su desaparición tenían entre 11 y 19 años. Jóvenes estudiantes llenas de vida, con sueños y proyectos por delante, que un día el destino truncó. La mayoría eran menores de edad. Jóvenes que salieron de su casa para encontrarse con amigos, para acudir a una fiesta, hacer un mandado, y que un día inesperado desaparecen como si la tierra las hubiera tragado sin dejar ningún rastro.

Jovencitas con una vida por delante, estudiantes que llevan una vida ordinaria, que viven con su familia, a veces con ambos padres, con hermanos, algunas que viven solo con la madre, que acuden a la escuela y salen a pasear, que tienen un novio de la escuela o de la zona donde viven, que van a la plaza, a casa de una amiga, al café internet o hacer un mandado para algún familiar, un día cualquiera y que sin sospecharlo, son sustraídas por algún conocido, un compañero de la escuela o por un grupo de jóvenes que han hecho del secuestro y la violación de muchachas una práctica habitual. Muchas de ellas desaparecen en la calle, en la vía pública, a los ojos de los transeúntes que caminan por ahí, algunas otras secuestradas en su mismo hogar; de un momento a otro, inesperado y sorpresivo, su vida cambia. Sufren violencia sexual, son torturadas, algunas mueren poco tiempo después de haber sido “levantadas”, otras sufren a manos de sus secuestradores meses de tormentos hasta que éstos deciden matarlas. La violencia que sufren suele ser realizadas por bandas o grupos de jóvenes vinculados a la delincuencia, el comercio y consumo de droga y la mayoría de las veces, en complicidad con alguna autoridad.

La familia, con frecuencia la madre en un país donde el padre suele estar ausente, empieza a sufrir un calvario. La autora narra el tormento de madres, a veces ambos padres, que buscan a su hija ante el desconcierto y reconocimiento de su desaparición. El libro relata cómo los padres van aprendiendo un recorrido que ominosamente

suele ser el mismo siempre, para todos. Caminos que los llevan a hundirse poco a poco en el desamparo y la desesperanza. El encuentro, de entrada, con las autoridades y un Ministerio Público para de inicio levantar una demanda, que sea el que sea, se muestra apático, incrédulo e indiferente. A partir de entonces, la vida de los familiares sufre un vuelco que muchas veces no tiene retorno. Los padres terminan haciéndose especialistas en el tema. Investigan, buscan, recorren las calles, los días pasan y se dan cuenta que cada minuto equivale a perder un poco su esperanza: se dan cuenta de que las autoridades están coludidas o les resulta imposible atender la cantidad de casos que tienen entre sus manos, de tal manera que la indiferencia parece ser el destino común de cualquier autoridad que pueda ayudar a encontrar a su familiar. Muchas veces, se descubre que las autoridades tienen un vínculo, de complicidad o de silencio y tolerancia con los grupos delincuenciales. Encuentran en organizaciones y agrupaciones de otros padres que igual que ellos llevan años buscando a sus hijas, un cierto consuelo y apoyo. Estos padres, que llevan más años buscando a sus hijas, han logrado, al menos, conocer el *modus operandi* de los grupos criminales. Suelen ser bandas, grupos de jóvenes, a veces compañeros de la escuela y que llevan una vida paralela, y donde las drogas están siempre presentes. Sea por venta y distribución, sea por consumo. Estudiantes, pero también integrantes de bandas que desafían cualquier valor social, cualquier pacto humano y que desprecian la vida, sobre todo la de chicas que tuvieron el infortunio de caer en sus manos.

Las autoridades, en los casos documentados por esta autora, actuaron, la mayor parte de las veces, con indiferencia, e incluso con violencia. En todos los casos que relata, cuando los padres acuden con ellos para denunciar la desaparición de su hija, responden con cinismo, sarcasmo, e incluso con cierta violencia: argumentan que la desaparición de sus hijas se debe a la voluntad propia de las chicas; o bien, suelen añadir hipótesis insensibles y agresivas, tales como encontrarse embarazadas o querer huir con el novio. Implican a la víctima y la responsabilizan de su desaparición, ejerciendo así una doble violencia contra ellas y sus familias.

Sabemos que este país es un cementerio de personas desaparecidas por grupos criminales. Se han encontrado fosas a lo largo y ancho de México. Gracias a la labor de familiares de los desaparecidos, se han podido localizar muchas de esas fosas. En enero de 2020, *Animal Político*, documenta la exhumación de 1 124 cuerpos en 873 fosas clandestinas identificadas en todo el país (Sandoval, 2020). Fueron 519 zonas distintas del país, donde se llevaron a cabo las búsquedas de estos siniestros cementerios. Ahora bien, la fosa donde reposan los restos de estas chicas, desmembradas, abusadas, torturadas, es un río. El río que atraviesa el norte de la zona conurbada de la Ciudad de México, en la zona de Ecatepec. De ahí que Lydiette Carrión titule así su libro. Una gran fosa de agua donde reposan los restos de jóvenes adolescentes que guardan junto a sus restos desmembrados, los secretos de tantos sueños truncados.

## Bibliografía

- Lagarde, M. (2006), *Presentación a la Investigación diagnóstica sobre la violencia feminicida en la República Mexicana*, 14 tomos, Cámara de Diputados, LIX Legislatura, México.
- Martínez, F. (2020), “Primer trimestre del 2020, el más violento contra las mujeres”, en *La Jornada*, 25 abril.
- Sandoval, F. (2020), “Más de mil cuerpos fueron hallados en 873 fosas clandestinas del país, solo en 2019”, en *Animal Político*.
- Segato, R. (2014), “El sexo y la norma: Frente Estatal, Patriarcado, Desposesión, Colonialidad”, *Revista de Estudios Feministas*, vol. 22, núm. 2.

Fecha de recibido: 04/08/21  
 Fecha de aceptación: 22/08/21